

## Las Islas Pithiusas

### La isla de la placidez y del reposo: Ibiza.

DIEGO QUIROGA Y LOSADA  
Marqués de Santa María del Villar.

**M**AS allá de Mallorca, siguiendo el camino del mar azul, de ese mar que borra las pisadas de los buques para que su ruta siga el misterio..., se encuentra una isla..., una isla que asoma su cabeza por este azul: un fragmento de plata que nada en medio de un gran esmalte...» (Santiago Rusiñol).

Antiguamente se llamaron, como es sabido, Islas Pithiusas a las islas de Ibiza, Formentera, Conejera, Espalmador, Vedrá, Tagomago y varios islotes más, que hoy con Mallorca, Menorca y Cabrera son las Islas Baleares.

La isla de Ibiza fué denominada Ebusus por los griegos, Ibosin por los cartagineses, Aivis por los iberos, Ebusus por los romanos e Iebisan por los árabes. También fué llamada por algunos la isla sagrada de los fenicios, por los numerosos santuarios, necrópolis y enterramientos sueltos esparcidos por su suelo, figurando en primer lugar la gran necrópolis del Puig des Molíns, con unos 3.000 hipogeos.

Al ir a Ibiza, bien desde Barcelona o desde Palma de Mallorca, llamará la atención del viajero la pintoresca silueta de la isla, sus suaves montículos cubiertos de pinos y, en primer término, un escarpado islote, negruzco, que se destaca de las vegas fértiles de San Carlos y su cercana playa del Canyá. Esa isla es Tagomago. Luego se contempla el islote de Santa Eulalia y El Puig de s'Iglesia vella sobre un promontorio cubierto de pinos.

La campiña, desde el buque, no puede ser más bella y pintoresca, porque se descubren las blancas casas de Santa Eulalia del Río con su iglesia-mequita-fortaleza en lo alto de alegre colina, con todas las edificaciones blanquísimas como todas las de la isla, por lo cual don Santiago Rusiñol le llamó la isla Blanca.

El barco pasa por el cabo Montaña del Castellá, que guarece la preciosa cala Llonga, y poco después se divisará la bella silueta de la catedral de la isla. A la entrada de la bahía, que es un enorme espejo, un lago de espejismos, en el que se refleja la pirámide de casas de la capital, se verá la playa de Talamanca, y dejando a la derecha el faro de Botafoch, en el peñón de su nombre, y dejar atrás la isla de Formentera entre interminables islotes y peñascos, que por las noches, iluminados con sus lu-

ces, parecen un campo verbenero, se pasa cercano a un faro, y se entra en la bahía.

La vista de la capital desde el mar es interesantísima, con sus casas blancas, en lo alto la mole de la catedral y las antiguas murallas y fortalezas de la vieja ciudad y baluarte de Santa Lucía.



En el puerto de Ibiza.—Ancla, botalón y amarras.  
(Foto Marqués de Santa María del Villar.)

Interesantísima es la historia de Ibiza, que figura habitada por los fenicios, según Estrabón. El establecimiento de los fenicios en Ibiza puede remontarse al siglo VIII antes de J. C.

Diodoro cita a Ibiza como una floreciente colonia de Cartago fundada en 662 antes de J. C. y habitada por colonos de todas las razas, y, sobre todo, por fenicios. A estos isleños debieron los cartagi-

neses gran parte de sus glorias en sus expediciones contra Sicilia, Sagunto y otras del interior de España. Diodoro dice que no había casco ni coraza que pudiera resistir las pedradas de los isleños.

Es creencia, pero no cierta, que Aníbal nació en Ibiza, en la isla Conejera, a la entrada de la bahía de Portus Magnus (San Antonio).

Mucho podríamos decir de la historia de Ibiza, pero nos faltaría espacio para lo demás, y hacemos punto.

Turísticamente, Ibiza, lo mismo que para el pintor, es admirable la ciudad y el campo. Si la arquitectura ibicenca no es llamativa, sí es típica, clásica e interesante, viéndose dentro del antiguo recinto amurallado el estilo de los conquistadores: el gótico catalán. En las puertas del castillo y en algunos edificios oficiales aún perdura el escudo con las cuatro barras de Cataluña.

La parte baja, conocida por La Marina, es decir, el barrio extramuros, carece de importancia arquitectónica, que sólo existe en la llamada Vila, es decir, en la parte antigua, entre las murallas y fortalezas, y a la que se entra por varias puertas, siendo una de las principales la conocida por el Portal de las Tablas, que mandó construir con sus murallas el emperador Carlos V. Toda la Vila es interesantísima, pintoresca y turística, con preciosas vistas sobre el bajo barrio de La Peña, la bahía y la entrada en ella y salida, rumbo a Barcelona y Palma o a Valencia y Alicante.

El barrio La Peña es de una arquitectura urbana curiosísima, y al entrar en él parece que el turista se halla en una ciudad misteriosa y de ensueño, en una ciudad moruna o del Extremo Oriente.

Nosotros, como se hace en una interesante guía de Ibiza, recomendamos al viajero que entre en el barrio de La Peña por la llamada Pescadería, y, a serle posible, por la noche, y si es noche de luna llena, mejor que mejor, porque los efectos de luz son de verdadero asombro en las callejuelas, de lo más angostas, plazoletas, que harán creer al turista que se encuentra en una hermosa y rara decoración teatral. Y si va de día y a pleno sol tiene otros encantos y una cantidad tal de gatos, que más de un viajero le llamó el barrio de los gatos.

La arquitectura en el campo es muy interesante, viéndose dos tipos de iglesias que fueron a la vez fortalezas antiguas, en las que al toque del somatén se refugiaban los payeses con sus esposas e hijos y ajuares para defenderse y librarse al par que hacerlo del templo sagrado de los ataques de los piratas.

Los muros son verdaderas murallas con espesor hasta de cinco metros, muchas con grandes contrafuertes y su cubierta almenada al estilo medieval. Y la mayoría presentan un atrio cubierto.

Las casas de campo de los payeses y alquerías son blancas, cual corresponde al nombre de la isla Blanca, y aseadas, y en su arquitectura campea un carácter muy mediterráneo. Las casas de los payeses son de planta baja y alguna que otra con un piso. Todas tienen su parral o «purchet», en donde durante el día se hace la vida ordinaria. En el interior, la primera habitación, o estancia mejor dicho, se llama «porche», y es la más espaciosa, haciendo a la vez de recibidor de las visitas, salón, comedor, todo en una pieza. Por las noches, después de la cena (nos referimos a hace veinte o veintiséis años cuando allí fuimos por primera vez), se reunían las familias a la luz del candil, y mientras los hombres realizaban trabajos caseros, del ganado, etc., las jóvenes recibían a sus novios en amoroso coloquio. A un lado de ese porche estaba la cocina y al otro los dormitorios, depósitos de útiles de la la-

branza y la cosecha del año. Todas las casas payesas tenían adosado al exterior su horno con cúpula moruna para cocer el pan, con la puerta por dentro de la casa, y generalmente en la cocina. Fuera de la casa tenían el típico pozo, los establos o corrales y abrevaderos.

El payés tiene el terreno bien cultivado; su costumbre es trabajar silenciosamente y casi no levanta la cabeza cuando algún viandante pasa cercano. Por la noche, el payés no acostumbra a saludar a nadie al pasar o cruzarse por los caminos o carretera. La vanidad del campesino está en su mula y en su carro, dándose el caso en Ibiza, como lo observábamos hace un cuarto de siglo o algo más, de no verse ganado viejo, mal cuidado y malos carros. Empleaban sus mulas y carros para labrar las tierras, cabalgar y tirar del carro. Con su mula y su carro van a la parroquia los domingos o a la romería o a la capital, y los sábados bajan a La Marina de Ibiza a vender sus productos del campo.

Sin duda alguna, por las invasiones que ha sufrido Ibiza ha quedado bien caracterizada, bien marcada la raza oriental y el alma árabe, y así se observa en la monotonía, en las cadencias de sus cantos y música popular, así como en el ritmo de sus bailes, Sa Curta y Sa Llarga.

Siempre se nos había dicho en Mallorca: «Tiene usted que ir a Ibiza, le gustará mucho; y una vez allí, no olvide usted no se vuelva a la Península sin ver el precioso y colosal Vedrá y sin asistir un domingo o día de fiesta a la misa y procesión en la payesía, a la que acuden para portar las imágenes las payesas ataviadas con trajes de gala, de fiesta, si no como antaño (nos decían hace veinticinco años), sí verá usted en ellas preciosas vestimentas.»

Y fuimos a Ibiza, a misas y romerías en la payesía, y... ¡no nos habían engañado! Era un espectáculo por demás interesante, típico, clásico, la misa de los domingos en la payesía.

Varios días festivos fuimos a la misa de los domingos a la parroquia de San José y San Miguel. Bastante antes de la misa y de la procesión comenzaron a llegar los típicos carros, limpios y relucientes, como la mula que de ellos tiraba, y vimos descender de ellos a las payesas ataviadas con vestimentas de gala, con trajes distintos, y aún vimos algunos payeses ataviados con típicos trajes. No podía ser más interesante el cuadro.

Tras el repique de campanas, se organizó la procesión, portando las andas de las imágenes las payesas, y a su lado las que habían de sucederlas en tan alto honor. Tras las imágenes marchaban el señor cura párroco con capa pluvial, las autoridades y los típicos «sonaors» con sus pitos, flautas y tambores. Por callejas, por campos floridos de almendros, marchaba el cortejo, y una vez en la iglesia, comenzaba la misa cantada.

Al final se organizaba el baile típico, clásico, el Sa Curta y el Sa Llarga, y poco después de nuevo a los carros o a las casas cercanas a comer.

Nos falta espacio, y sólo citaremos algo referente a la indumentaria de las payesas en los trajes típicos de Ibiza en su payesía, según nos explicó don Manuel Sorá, director a la sazón del Instituto de Enseñanza Media de Ibiza, gran ibicenco, inteligente amigo con el que obtuvimos cientos de fotografías de payesas y payeses en los distintos trajes de diario y de gala.

*El traje típico ibicenco.*—Los trajes típicos de Ibiza son de raigambre antiquísima. Guardan relaciones muy íntimas con los del Próximo Oriente (Palestina, Siria, Asia Menor y Turquía), con los de las islas de Chipre, Rodas, Sicilia y Cerdeña, así



Ibiza.—Entrando en la típica iglesia de San Jorge.

(Foto Marqués de Santa María del Villar.)

como con los de las regiones del Levante peninsular correspondiente al grupo llamado ibérico.

Durante el transcurso de los tiempos han ido sufriendo ciertas modificaciones, pero aún conservan la mayoría de sus atributos, y, sobre todo, en lo que a la mujer se refiere, permanece vivo, si bien muy evolucionado.

Como precisaríamos mucho espacio en la Revista, nada decimos del traje de gala de los ibicencos, y nos ocuparemos brevemente del de las ibicencas.

*El traje femenino de la payesía ibicenca.*—Este traje de gala comprende: la «gunella», larga y ceñida túnica de negra estameña (como la del pantalón de los hombres) muy plisada y delantal de la misma tela (devantal de mostra), ricamente bordado en la parte superior. Jubón con mangas postizas, de seda, con doble botonadura de plata u oro, que llega hasta el codo. Mantón fino de vivos colores sobre los hombros, y a la cabeza, ajustada y ceñida, pieza de seda estampada o bordada que se denomina «cambuix». Pañuelo de seda o amplia pañoleta de encaje blanco bordado. Solían llevar también sombrero negro de alas muy anchas adornado con un ramo de flores naturales; siempre sobre el «cambuix».

Calzan espardeñas de pita con la punta muy fina y levantada.

Sobre el pecho multitud de collares de cuentas vidriadas o coral; un rosario muy largo dando dos vueltas, por lo menos, al cuello y cruz de plata de gran tamaño. Un relicario o «joya» completa la «enjoyada». Más modernamente (a partir del siglo XVIII probablemente) se va generalizando el uso de collares y cordoncillos de oro. Del mismo metal son las cruces y «Joyas». En algunos casos, la profusión de collares es tal, que llegan a cubrir materialmente todo el pecho y llegan a la cintura. En las solemnidades religiosas, particularmente en las procesiones, en las que las mujeres, como antes decimos, suelen llevar en andas a las imágenes, así como para recibir la sagrada comunión, tocábanse con blanca mantellina de fina lana, ribeteada de seda negra. También solían tocarse con una capa de lana roja llamada

«abrigay», que proporciona extraordinaria esbeltez a la figura.

Peinan el cabello en todas épocas alisado hacia atrás, con trenza y raya central, pequeño festón con rizos sobre la frente y larga cola, de la que penden lazos y cintas de colores vivos.

El traje, blanco, que hace un precioso efecto, consta de amplia falda abombonada mediante planchado con almidón. Faldellín blanco también, festoneado y bordado en su parte inferior. Fino mantón de seda o lana, con flores bordadas o estampadas, y pañuelo de seda en la cabeza.

Este mismo traje con telas de color y frecuentemente con mangas del jubón postizas de veludo, damasco o seda y pequeño delantal, constituye la moda más moderna estilizada hoy, restando amplitud a la falda.

Las joyas o emprendadas siguen siendo las mismas, de oro, cabiendo anotar en todos tiempos, en las jóvenes prometidas en matrimonio, las sortijas de oro y plata, con finas y cortas cadenillas colgantes en el centro, siendo muy frecuente llevarlas en los dedos de ambas manos. Y así como que, según la riqueza del novio, llevaban más sortijas hasta cubrir totalmente los dedos.

El Museo Ebusitano es una maravilla de Ibiza, que llama poderosamente la atención, incluso de los profanos como nosotros. Infinidad de objetos de barro cocido, vidrios, collares, amuletos, ánforas fenicio-griegas y romanas, figuritas fenicias de barro cocido, mascarillas cartaginesas, bustos de divinidades cartaginesas, monedas..., de todo hay en ese museo, donde se pasan las horas como minutos.

Excursiones realizables en el día, en la mañana o en la tarde por la isla Blanca:

Iglesia de Jesús, cala Llonga, Santa Eulalia del Río, San Carlos. Precioso recorrido que, como los demás, no describimos por faltarnos espacio.

San José, San Agustín, Portus Magnus, San Antonio. Recorrido de maravilla por la bahía de San Antonio, en la que están las calas Grasia y Bassa, así como el faro, desde el que las puestas de sol son algo indescriptible.

San Jorge, Las Salinas. Corto paseo para admi-

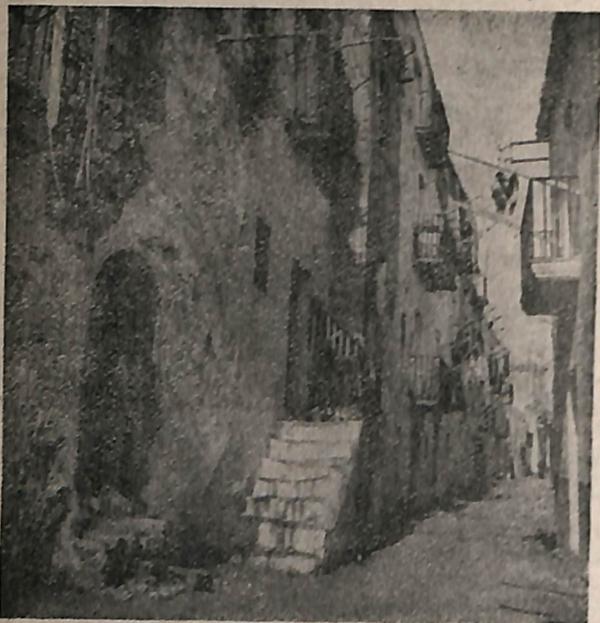


Ibiza.—Payesas en la puerta de San Jorge.

(Foto Marqués de Santa María del Villar.)

rar la preciosa iglesia de San Jorge y las célebres salinas, con el único ferrocarril que hay en Ibiza.

San Juan, La Charraca, Portinaix. Otro paseo tan corto como bellissimo.



Ibiza.—Una típica calle.

(Foto Marqués de Santa María del Villar.)

San Miguel y puerto de Balanzat. Bellísimo recorrido con la original iglesia de San Miguel, donde las procesiones se celebran por la más bella campiña de almendros floridos.

San José, cala d'Hort, Cubells, Vedra. Excursión maravillosa en la que se puede trepar a la Atalaya, con sus 475 metros de altura, que domina el mejor y más extenso panorama de la isla, y desde su cúspide se distinguen normalmente las costas del continente, con el Puiz Mongo, de Denia, y se ven los grandes trasatlánticos que, atravesando el canal de Ibiza, llevan rumbo al Atlántico.

En esa excursión desde la torre Des Gavina se contemplan los bellísimos islotes del Vedra y el Vedra-nell.

Pero el Vedra merece la pena de tener dispuesta una embarcación en Es Cubells para desde allí o desde Ibiza mismo o desde San Antonio ir a dar la vuelta por mar al impresionante Vedra. Y ¿qué es el Vedra? Es un islote de dantesca silueta, con 382 metros de altura que surge del mar, belleza natural maravillosa, sólo habitada por algunas cabras negras salvajes. Debe darse la vuelta al islote próximo a él si está buena la mar, porque seguramente el turista experimentará una de las mayores emociones de su vida con la altura de los acantilados, el profundo silencio que allí se siente, sólo turbado por el balido de las cabras salvajes que asomando sus cabezas por los despeñaderos parecen protestar de la presencia de quienes les turban su paz y tranquilidad.

Ibiza es precioso, y esta excursión por tierra y mar al Vedra, de las más bellas e impresionantes.

Varias veces hemos estado en la isla de la plácidez y del reposo, y siempre, al regresar a Barcelona, Valencia, Alicante o Palma, hemos recordado a Bernard Kellermann cuando decía:

«Ibiza. De vuelta al norte de Europa, pienso a menudo en la bella isla de ensueño que, allá abajo, en el Sur, dormita rodeada de un mar apacible. Ibiza, isla de la luz, día por día permanece sumergida en reluciente y cegadora claridad, purificado su aire por los vientos del mar latino.

En las noches brilla como fósforo a la luz de las estrellas.

Entre las islas del Mediterráneo, es Ibiza, sin duda, una de las joyas más preciosas, cuyas bellezas y particularidades ha conservado a través de miles de años.

Como visión retrospectiva se levanta la blanca pirámide de la ciudad, construida por los fenicios, romanos, moros y españoles. Todavía reluce hoy sobre sus macizas murallas el blanco palacio de la última jerarquía mora que hace setecientos años sucumbió a los españoles.

¡Inolvidable Ibiza!»

Y nosotros desde la cubierta del «Rey Jaime I», del «Ciudad de Ibiza», del «Mallorca»..., al salir de ese lago de espejismos que es la bahía de Ibiza, como cuando salimos de la bahía de Palma de Mallorca, decimos siempre: ¡Hasta la vuelta! ¡Lo que tiene España entera para el turismo mundial! ¡Así se comprenden esos 30, 40, 50.000 millones de pesetas que en 1961 dió en divisas el turismo por España! ¡Los 80 nuevos hoteles en Mallorca, 500.000 turistas y 2.000 millones de pesetas!



La bahía de Ibiza y sus sepejismos.—Lancha de pesca.

(Foto Marqués de Santa María del Villar.)

Por ello, nosotros, desde hace sesenta y cinco años, dedicados al turismo por afición, y por amor a España, venimos diciendo: España es el país privilegiado para el turismo.